

NECROLOGIAS

JOSE DE LA RIVA AGÜERO Y OSMA, el historiador.

† el 25 de Octubre de 1944, en Lima.

La muerte de José de la Riva Agüero, en la plenitud de su vida y de sus facultades mentales, y a la mitad de su obra histórica, ha sido considerada por propios y extraños, como una de las más dolorosas adversidades que hayan sufrido la cultura peruana y, en particular, las disciplinas históricas en el Perú.

Por la reciedumbre de su inteligencia, por la extraordinaria riqueza de su cultura y por la vigorosa originalidad de su espíritu, Riva Agüero marcó una etapa fundamental de renovación en nuestros estudios historiográficos. En monografías sustantivas y en obras de crítica, planteó esenciales revisiones e interpretaciones nuevas de capital importancia para la comprensión de nuestro pasado. Dos obras fundamentales, escritas en el primer momento de su actividad intelectual, en plena juventud, como fueron **“Carácter de la literatura del Perú independiente”** (Lima, 1905) y **“La Historia en el Perú”** (1910), así como el **Elogio del Inca Garcilaso** (Lima, 1916) marcan, quizás, los hitos más importantes de la contribución histórica de Riva Agüero.

Las circunstancias políticas de su época viril, su obligación apartamiento del Perú y de las actividades universitarias, determinaron, en parte, la dispersión de su actividad y extraordinario talento en ensayos fragmentarios, en los que quedó, sin embargo marcada la garra de su profunda concepción

de la historia y de su enjundiosa sagacidad crítica. Pero, esas circunstancias adversas y algunos requerimientos ocasionales, a los que se prestó con excesiva generosidad espiritual, impidieron que Riva Agüero escribiese la gran obra histórica sobre el Perú, a que le llamaban sus excepcionales dotes y que hubiera llevado a cabo magistralmente. Su muerte prematura frustró, aún, la oportunidad que había aceptado, de escribir la **Introducción** a la Historia del Perú, que con el concurso de eminentes historiadores peruanos, auspicia la Petroleum International Company y la historia del siglo XVI en el Perú, que le correspondían escribir en aquella importante obra.

La obra de Riva Agüero no puede ser examinada en esta simple nota informativa, bio-bibliográfica, destinada únicamente a destacar, en el momento de su desaparición la importancia y significado de su obra y a rendirle el homenaje de admiración que le deben todos los que cultivan las disciplinas históricas en el Perú. La exégesis de su obra deberá realizarse en las páginas de esta Revista, con la reflexión y detenimiento que requieren las trascendentales opiniones y aportes, de aquel a quien los diarios cotidianos señalaron, a raíz de su muerte, como "el más alto luminar de la cultura peruana" en su vida independiente.

José de la Riva Agüero y Osma nació en Lima, el 26 de Febrero de 1885. Descendía de viejas estirpes limeñas coloniales y republicanas. Entre sus más notables ascendientes se hallaban don Nicolás de Ribera, uno de los trece compañeros de Pizarro en la isla del Gallo y el primer Alcalde de Lima, Diego de Agüero descubridor del Collao y fundador de Lima y su bisabuelo; don José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, fué el más descollante conspirador peruano contra el régimen español en los albores de la independencia y el primer Presidente del Perú en 1823. Estos antecedentes determinaron la vocación aristocrática y tradicionalista de Riva Agüero y su contextura esencial de hombre de elite. Educado en el Colegio de los padres franceses de la Recoleta, recibió en él una profunda formación cristiana y a la vez que su amor y compenetración con la historia y la cultura de Francia. La Universidad de San Marcos, le impuso por un tiempo, la impronta positivista y liberal de la época que se refleja en sus primeros ensayos y opiniones y que condicionó la tolerancia espiritual de su ideario juvenil. Su tesis sobre la literatura del Perú independiente, arriba mencionada, comentada por

Unamuno en uno de sus **Ensayos**, le dió, a los veinte años, el prestigio y la autoridad de un maestro. Este se aumentó y confirmó al publicar su segunda tesis universitaria "**La Historia en el Perú**", obra básica de nuestra historiografía. En 1912 realizó, con los deficientes medios de transporte de la época, por ferrocarril y a lomo de mula, su viaje por el sur del Perú y Bolivia, del que recogió las impresiones de las ciudades y de los paisajes andinos que dieron vida a su libro inédito en parte,—publicado fragmentariamente en el Mercurio Peruano de 1918 a 1929,—primero bajo el nombre de **Paisajes Peruanos** y más tarde con el de **Paisajes Andinos**. De 1913 a 1914 viajó por Europa, estudió en archivos europeos y españoles e intervino en algunos Congresos internacionales de historia. En 1918 dictó en San Marcos sus primeras brillantes lecciones sobre la civilización incaica.

Riva Agüero intervino activamente en la política del país de 1911 a 1919 defendiendo una política de respeto a las normas liberales y democráticas y fundó un partido de intelectuales y profesionales jóvenes, el Partido Nacional Democrático, que careció de adhesiones populares. Al producirse el golpe revolucionario de 1919, que echó por tierra los principios constitucionales consagrados por la experiencia desde 1895, Riva Agüero se expatrió voluntariamente y residió en Europa durante el período dictatorial de Leguía, conocido bajo el nombre del Oncenio.

De vuelta al Perú, actuó como elemento directivo y de orden en la vida política e intelectual, y definió su posición ideológica con su energía y rotundidad características. Fue Presidente del Consejo de Ministros, Alcalde de Lima, Director de la Academia de la Lengua. A esta segunda etapa de su producción pertenecen sus libros **El Perú Histórico y Artístico**, (Santander 1921), en que estudió la influencia de los montañeses en la vida peruana y a través de ellos las corrientes literarias y artísticas, instituciones y personajes de nuestra historia; el libro **Civilización Tradicional Peruana** en que reunió sus lecciones sobre la historia externa y la cultura de los Incas contemplada desde una perspectiva universal y humana; y sus dos densos volúmenes de ensayos titulados "**Por la verdad, la tradición y la patria**". (1937-38). En estos dos tomos recogió Riva Agüero su abundante producción monográfica dispersa en revistas y Anales de Congresos y en ellos pueden hallarse estudios capitales para nuestra historiografía como los relativos a la Atlántida, a los precursores de Colón, a la

civilización de Tiahuanaco o a la obra de los misioneros de Ocopa y su magnífico ensayo sobre el Imperio Incaico, concebido como prólogo a otra publicación. (Tomo I). Hállanse en la misma colección el Elogio del Inca Garcilaso, el estudio sobre el Cuzco español, el admirable ensayo Lima Española, síntesis sugestiva sobre la época española en el Perú, el estudio sobre "El derecho en el Perú", los estudios sobre Humboldt y el padre Hojeda y la célebre polémica de Riva Agüero con Gonzales de la Rosa sobre la originalidad y veracidad de Garcilaso. (Tomo II). De esta misma época son sus estudios sobre Goethe, sobre San Alberto Magno y sobre los poetas franceses Ronsard y Malherbes, que acreditan su vocación humanista.

Entre sus escritos dispersos pueden citarse, al paso: **Fundamentos sobre interdictos posesivos**, Lima, 1911; **Concepto del derecho**, ensayo de filosofía jurídica, Lima, 1912; **Un cantor de Santa Rosa, el Conde de la Granja**, Lima 1919; **Los franciscanos en el Perú y las misiones de Ocopa**, Barcelona, 1920; **Añorañas**, 1932; **El Primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera el Viejo y su posteridad**, 1935; **Estudios sobre literatura francesa**, 1944; **El Obispo Sarasola**, 1944.

Como síntesis de la obra y de la vida de Riva Agüero, reproducimos a continuación el discurso pronunciado el día del sepelio, en el Cementerio General de Lima, por el doctor Raúl Porras Barrenechea, Catedrático de Historia del Perú a nombre de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos.

DISCURSO DEL DOCTOR RAUL PORRAS BARRENECHEA, EN EL SEPELIO DEL DOCTOR JOSE DE LA RIVA AGÜERO

Me honro en traer a este doloroso homenaje, la representación de la Universidad Mayor de San Marcos, que ante la desaparición de don José de la Riva Agüero, siente que se ha perdido uno de los más altos exponentes de la cultura peruana, en todo el horizonte de su larga tradición secular. La Facultad de Letras de San Marcos, me ha conferido su voz para expresar un dolor que no sólo es suyo, sino que es duelo y quebranto del Perú y de su historia. Para desempeñar este rito, póstumo y fiel, no tengo más título que el de ser Catedrático de Historia del Perú, la disciplina que Riva Agüero renovó y transformó con la portentosa lucidez de su inteligencia y de su recia capacidad crítica y constructiva y la de haber sido discípulo y amigo invariable desde mi juventud, de tan insigne y entrañable maestro. He de decir, pues, sobre-

poniéndome a la congoja de mi espíritu, el mensaje de San Marcos, pero he de agregar a él, necesariamente, mi emoción y admiración íntimas, nacidas y auspiciadas en el ambiente de nuestro claustro histórico.

Para las generaciones juveniles, que hoy llenan con su inquietud nueva y perennemente idealista las viejas aulas, Riva Agüero no era ya una figura familiar. El denso prejuicio político que en el Perú separa a menudo, a hombres de la misma categoría espiritual, con el mismo valor ético y la misma vocación desinteresada por la cultura, le había alejado de San Marcos y creado alrededor suyo un halo de incompreensión, al que contribuyeron algunas actitudes propias de la noble y valiente intemperancia de sus convicciones. La nueva juventud tuvo una visión deformada de su espíritu, desconoció, por lo general, su obra y sus brillantes gestos estudiantiles y no pudo reconocer en el antiguo sanmarquino la fraterna fuente de su gallardía. Apagados por la muerte, los resentimientos y las discrepancias ideológicas, es dable a quien fué discípulo suyo, restablecer la continuidad interrumpida de aquella solidaridad, que debe existir entre todos los que han pasado por la casa centenaria, y decir lo que la mentalidad y la obra de José de la Riva Agüero representan para la historia espiritual de nuestra Universidad y para nuestra cultura.

Riva Agüero reveló desde su aparición en la Universidad, en 1902, las extraordinarias condiciones de aptitud y de multiplicidad mental, de asimilación instantánea y de prodigiosa e insondable memoria, de capacidad de análisis y de crítica y de intuición creadora, que harían de él, lo que fué, en esencia, toda su vida, un humanista excelso, capaz de honrar con su sabiduría la más docta academia del viejo mundo. A los veinte años era ya viejo en lecturas, y su espíritu gallardeaba por igual, en las más diversas disciplinas: la filosofía, el derecho, la filología, las ciencias, la exégesis de la pintura y de la música, pero, particular y cimaramente en la historia.

Su primera lección como alumno, en el curso de Historia del Perú según el testimonio de sus compañeros, desbarató la autoridad del viejo profesor, quien reconoció deslumbrado la anonadadora superioridad del discípulo. En sus dos tesis universitarias, sobre la literatura peruana y sobre la Historia en el Perú, creó y renovó nuestros estudios de crítica literaria y de hermenéutica histórica, dándose el caso inusitado de que una esencial transformación de los estudios y la nueva y segura orientación nacionalista de nuestra cultura, se iniciaran desde abajo, por un estudiante, en sus primeros trabajos de investigación y de crítica.

En su tesis sobre el **"Carácter de la Literatura del Perú Independiente"**, presentada en 1904, cuando sólo contaba 19 años, Riva Agüero creó de golpe nuestra historia literaria. Antes de su obra sólo existían algunos débiles y fragmentarios ensayos. El hizo un cuadro completo,

coordinado y pletórico de información y de juicio de nuestra producción intelectual, que acusó su rotunda madurez. En esa obra trazó por primera vez, el itinerario espiritual, del Perú, la trayectoria seguida en nuestra evolución literaria, aquilató el valor artístico de las principales obras con certera visión y destacó los valores esenciales de nuestra literatura. Sus estudios sobre Palma y Gonzáles Prada tuvieron el valor de ensayos biográficos y críticos definitivos.

“**La Historia en el Perú**”, que es acaso su obra más sustantiva, fué presentada como tesis en 1910, cuando tenía 25 años. Con ella puso Riva Agüero los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas. Toda la historia posterior que se ha hecho en el Perú, aún la de los que le contradicen y niegan, ha tenido por andaderas este libro fundamental. Al analizar la obra de los principales historiadores peruanos, Riva Agüero revisó con su potente y bien informado criterio, las principales directivas de nuestra historia. Toda la visión de nuestro pasado resultó transformada por su soplo creador y por su intuitiva visión de los derroteros morales del Perú.

La huella feraz de Riva Agüero en nuestros estudios históricos, se dejó sentir desde la aparición de “**La Historia en el Perú**”, en todas las etapas de nuestra historia. Los que no le han leído o entendido o quienes sólo pretenden desvirtuar la verdad, le han acusado con frecuencia de ser un detractor del Imperio de los Incas. Admirar la cultura occidental que los españoles trajeron al Perú y las normas éticas del pueblo español, no es rebajar ni desconocer la contribución del Inca a la civilización peruana. Riva Agüero concibió al Perú, en toda su obra histórica e interpretativa, como “un país mestizo, de habla y espíritu castellanos constituido no sólo por la coexistencia, sino por la fusión de las dos razas esenciales”. “Aún los puros blancos—dijo alguna vez— sin ninguna excepción, tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje derivada del ambiente, de las tradiciones, y de nuestra propia y reflexiva voluntad de asimilación”. Pruebas de su exultante amor por el Inca, las tenemos en su apasionada defensa y reivindicación del Inca Garcilaso, cuya historia considerada durante todo el siglo XIX, por los historiadores de cepa liberal, como una novela o fantasía individual, recuperó, por la crítica acendrada y comprensiva y la lógica irrefragable de Riva Agüero, su valor sustancial de trasmisión pura, sincera y directa de las tradiciones históricas de la nobleza cuzqueña. Su “**Elogio de Garcilaso**”, pronunciado en la Universidad de San Marcos en 1916, en ceremonia inolvidable para los estudiantes de entonces, fué un himno a las esencias peruanas que trasunta la obra del Inca historiador y una de las más bellas oraciones por la pureza de la forma que se hayan pronunciado en el Perú. Como página de antología figura desde entonces, en

todas las ediciones de la obra garcilasista, hechas por propios, adversos y extraños.

Su revisión de la historia incaica hecha al analizar detenida y certeramente los **Comentarios Reales**, dejó plantados jalones inamovibles. El afirmó y sostuvo, con su habilísima confrontación de textos y lógica contundente y exhaustiva, el quechuismo del Imperio de Tiahuanacu rebatiendo y desmenuzando hasta el hartazgo las apologías aimaristas de Uhle.

En su análisis de la historia incaica rectificó muchos errores sobre hechos e instituciones que hoy se hallan incorporados a la estimativa general del Incario. En sus publicaciones y lecciones, dadas en San Marcos en 1918 y corregidas más tarde en 1938, bajo el nombre de **Civilización Peruana**, ha hecho la más completa y profunda investigación sobre la historia externa de los Incas. La independencia y rectitud de espíritu de Riva Agüero, su amor a la verdad y su incapacidad para la lisonja, no le pudieron llevar nunca a aceptar como el gobierno más perfecto y envidiable el régimen despótico y socialista de los Incas, cuyo influjo deprimente sobre la personalidad humana señalaron todos los historiadores liberales, desde Robertson y Prescott hasta el francés Baudin. Tampoco pudo aceptar la tesis pueblerina y sentimentaloides de la superioridad de la civilización y de la moral incaica sobre la cultura renacentista y la moral de Cristo traídas por los españoles. Con criterio ecuaníme y científico y ensalzando la primacía de los indios peruanos sobre los demás indios de América, sostuvo que la época incaica significó una mejora respecto a los Curacazgos y behetrías primitivas y la conquista española un avance civilizador sobre el Incario. "Equivalió la conquista castellana, dice en uno de sus más lúcidos ensayos, a un avance enorme que elevó a nuestro país desde la tenue y borrosa penumbra pre-histórica, la incipiente edad de bronce, el aislamiento bárbaro, la extrema exigüidad primaria de elementos de vida y alimentación, muy deficiente tracción animal, suma pobreza mecánica y desarrollo intelectual rudísimo, hasta la plena luz de la magnífica cultura europea renacentista".

La posición de Riva Agüero respecto a la colonización española fué insinuada en sus libros primigenios y desarrollada más tarde en diversos ensayos y discursos. En su tesis juvenil había declarado que rechazaba por igual la leyenda negra y la leyenda idílica de la colonización. En sus ensayos posteriores fué afirmando su devoción por la tradición hispánica que consideraba indivisible de nuestra cultura y base de nuestra independencia espiritual.

Después de sus brillantes tesis universitarias, Riva Agüero siguió vinculado estrechamente a la vida de San Marcos. Fué caudillo juvenil que unificó a la juventud de su época en gestos cívicos inolvidables,

como el que reclamó la libertad de Piérola y produjo la prisión de Riva Agüero por el Gobierno de 1911 y el gallardo movimiento estudiantil de protesta que le sacó de la cárcel. En 1918 dictó sus admirables conferencias sobre la civilización incaica, en las que se reveló, un maestro armonioso, por la claridad y justeza del verbo, la exactitud y la elegancia de los vocablos y la magnífica parábola lógica de su razonamiento. El alejamiento forzado del Perú y la residencia en Europa le apartaron materialmente de San Marcos, pero su espíritu y su obra siguieron presentes en las cátedras de historia que adoptaban sus conclusiones, teorías y descubrimientos. La Facultad de Letras de San Marcos lo hizo en 1928, a propuesta de José Gálvez, secundada por Guillermo Salinas, Luis Alberto Sánchez y por mí, Catedrático honorario de Historia del Perú. La Universidad de 1931 que cometió errores evidentes, pero que tuvo también renovadores aciertos pedagógicos, reconoció, no obstante su divergencia doctrinaria, la capacidad del gran historiador y lo hizo Director del Instituto de Historia de la Facultad de Letras, de los pocos honores adecuados a su personalidad y a su obra, que se le rindieron en vida.

La obra histórica de Riva Agüero, se repartió después en ensayos aislados, pero en los que flameaba siempre su rica mentalidad enriquecida por los viajes y las lecturas, y su afán orientador y principista. En **"El Perú Histórico y Artístico"** que es un homenaje a su estirpe montañesa, desarrollo, juicios e impresiones artísticas admirables sobre la literatura y el arte indígenas, sobre el **"Ollantay"** y sobre temas de arte colonial limeños, que tanto amó. En 1937 y en 1938 reunió en dos volúmenes sus opúsculos y discursos. En estos estudios fragmentarios hay siempre apreciaciones fundamentales sobre instituciones o personajes y criterios renovadores. Para Riva Agüero, la historia no era una simple investigación de los hechos, sino que debía enaltecerse por el espíritu filosófico de síntesis y generalización que explica y fecundiza los hechos históricos y animarse por la imaginación y el arte de la forma. La descripción del paisaje y el estudio psicológico de los caracteres deberían ser parte integrante de la historia. El puso en práctica en sus obras este concepto ayudado por sus excepcionales condiciones intelectuales y artísticas. Hizo de sus convicciones el alma y nervio de sus reconstrucciones históricas y les prestó el ropaje magnífico de su prosa majestuosa y serena. Reuniendo los fragmentos de esos ensayos en que el historiador, filósofo, y generalizador que hubo en Riva Agüero, juzgó los diversos períodos históricos dentro del criterio de unidad que informa toda su obra, se podrá hacer una historia del Perú, como la que se ha hecho en España con los fragmentos de Menéndez y Pelayo, en que se recoja, unida por la firme coherencia de su espíritu, su lección de conjunto sobre nuestro pasado.

A la documentación firme y segura, a la sagacidad crítica, a la profunda raigambre moral de la historia hecha por Riva Agüero, hay que sumar el prestigio brillante de la forma. La prosa de los ensayos y discursos de Riva Agüero, por su alicurnia castiza, por su claridad, limpieza y tersura, por la prestancia arcaica del vocabulario y la riqueza de matices y de giros, es digna del Siglo de Oro. El vuelo sosegado y magnífico de sus períodos, que hace vibrar a veces el aleteo de una metáfora insigne, recuerda los nobles y señoriales estilos de Garcilaso y de don Juan Montalvo. Las páginas de Riva Agüero sobre la infancia del Inca en el Cuzco, y sobre las influencias del paisaje serrano en el alma y estilo de Garcilaso son de la más grave y tierna elocuencia. Su descripción de la batalla de Chupas tiene vigor de bajo relieve y revela sus condiciones de animador de los fríos textos históricos. Y en la descripción moral de los personajes hay magníficos retratos y estudios de caracteres hechos con penetración psicológica y rotundos aciertos de frase, en que a veces sonríe un fino y tolerante humorismo. Tales sus retratos de los historiadores Mendiburn y Paz Soldán, del Dean Valdivia y del erudito José Toribio Polo. Pero en donde campea más limpia y fluída su prosa señorial es en las descripciones de paisajes del Perú, valles yungas de luz mate y velada y limpidez de acuarela, mar de estaño fundido en cuyas playas chispea la mica de rocas y tablazos, pureza diáfana del refulgente cielo andino o desolada llanura de la puna "donde los charcos congelados brillan como láminas de plata". Nadie ha sentido el goce del paisaje peruano como Riva Agüero, ni nadie ha trasladado su impresión con colores e imágenes más felices. Sus "**Paisajes Andinos**", con la emoción vernácula de los pueblos y caseríos de la costa y de la Sierra del Perú, la descripción luminosa y quieta del Cuzco desde lo alto de Carmanca, la visión colonial de Ayacucho o de los páramos, montañas y desiertos del Perú, quedarán, el día que se publiquen, como el libro más representativo del alma y paisajes peruanos, como el "**Os Sertoos**" de Euclides da Cunha, para el Brasil, y el "**Facundo**" de Sarmiento, para la Argentina.

La personalidad intelectual de Riva Agüero, quedaría trunca si no se recordase aquí, lo que fué, en mi opinión, la calidad señera, el quitate-rey de su espíritu y éstos fueron, su condición batalladora y su briosa decisión para defender sus principios.

Fué un paladín de la tradición, del orden y de la fé, un espíritu de precha, un caballero, sin miedo y sin tacha de la verdad. Tuvo el coraje, en una época de acomodados, de ser honrado y sincero, sin tretas ni malicias, incapaz de los fingimientos y mentiras que llevan al éxito y tuvo, sobre todo, como señal de auténtico apostolado, la virtud, que es en el Perú un delito inexpiable, de decir siempre la verdad.

Fué un trabajador infatigable de nuestra cultura hasta el último día en que la pluma quedó suspensa sobre el cuaderno en que escribía precisamente sus recuerdos de estudiante en San Marcos, más cerca que nunca de nuestra vieja casa, por que se acercaba a la eternidad y a la historia, donde sólo duran los grandes. Fué un maestro tolerante y generoso con sus amigos y discípulos, que rodearon su lecho de muerte como el de un filósofo antiguo, y le han rendido, como una compensación a sus amarguras y a su soledad afectiva, un tributo de lágrimas viriles. Fué un gran señor limeño de la amistad y como el Maestre de Santiago don Rodrigo “¡qué amigo de sus amigos!—¡qué señor para criados y parientes!—¡qué maestro de esforzados y valientes!”. Fué un defensor pugnaz y quijotesco de la Hispanidad,—¡tan perseguida y tan alta, tan pura y sin premio!—por lo que Dios le habrá bendecido. Fué sobre todo, un gran peruano, que seguirá viviendo como un penate venerado, al lado de Garcilaso y de Palma, en la región olímpica de verde esmalte, donde no llegan la Envidia ni el Odio, lejos de toda escoria humana, donde su espíritu resplandece bajo la luz eterna y dialoga ya, con las grandes sombras de la Patria”.

(De “El Comercio”, 28 de octubre de 1944).

CARLOS WIESSE, el maestro.

† el 17 de Junio de 1945, en Lima.

Don Carlos Wiese, fué, en su larga vida de 85 años extinguida apaciblemente en su retiro de Miraflores, abogado, periodista, diplomático, internacionalista, sociólogo, geógrafo, historiador. Pero, por encima de todo, y, esencialmente, fué maestro. Su nombre, unido al recuerdo de los textos elementales de historia y de geografía del Perú, fué familiar a muchas generaciones que en ellos aprendieron las primeras nociones del contorno físico y espiritual de la patria. Fué maestro por la sencillez y generosidad de su espíritu, que desdeñó las posiciones decorativas y solemnes, para tratar de acercar los resultados de las complicadas teorías e hipótesis científicas y de las eruditas investigaciones históricas, a la mente de los niños, sin pedantería, sin alarde y sin retórica, con un noble y sobrio sentido de lo elemental y de lo verdadero, que rayaba en ascético.